

Arquitrave



José Manuel Recillas • Horacio • Zbigniew Herbert
Circe Maia • Richard Brautigan • Marusa Krese
Patricia Cavalli • Yi Sha • Hu Xudong
Koleka Putuma

Canción de las simples cosas

Uno se despide
insensiblemente de pequeñas cosas,
lo mismo que un árbol
que en tiempo de otoño se queda sin hojas.
Al fin la tristeza
es la muerte lenta de las simples cosas,
esas cosas simples que
quedan doliendo en el corazón.
Uno vuelve siempre
a los viejos sitios donde amó la vida,
y entonces comprende
cómo están de ausentes las cosas queridas.
Por eso muchacho
no partas ahora soñando el regreso,
que el amor es simple,
y a las cosas simples las devora el tiempo.
Demórate aquí,
en la luz mayor de este mediodía,
donde encontrarás
con el pan al sol la mesa tendida.
Por eso muchacho
no partas ahora soñando el regreso,
que el amor es simple,
y a las cosas simples las devora el tiempo.

Armando Tejada Gómez [Mendoza, 1929-1992]

Arquitrave

Harold Alvarado Tenorio • Director

<http://www.arquitrave.com>

ISSN: 1692-0066

n° 70, Septiembre-Octubre de 2022

Arquitrave se publica con el patrocinio de A. da Costa e Silva, A. Caballero Holguín†, A. J. Ponte, C. Peri Rossi, D. Cordero, J.C. Pastrana Arango, J. Prats Sariol, J. Saltzmann, L. M. Madrid†, M. Al-Ramli, P. F. Arango, R. Arraiz Lucca, R. Rivero† y R. Hill.

JOSÉ MANUEL RECILLAS

Novalis

He pensado en la noche tantas veces,
en la palabra Noche,
o simplemente en La palabra,
en ese oficio de sembrar el mundo
con algo tan evanescente y nimio
a lo que algunos siguen y se aferran,
que dura un parpadeo apenas
frente al olvido y su marea inmensa
mientras el canto de alguna forma persiste
como una lejana estrella a punto de apagarse para siempre.
He pasado por la noche tantas veces,
por sus magnánimas, dolientes manos,
por su espesura primigenia y núbil,
como si de otra tierra prometida se tratase
y otras palabras, mudas, me nombrasen
y en silencio dijese sólo un nombre,
y al decirlo, lo hubiesen dicho todo.
Hay palabras, o nombres, que diciéndolo todo,
apenas son oídos, venerados,
y a duras penas una fe constante en unos pocos.
Por haber dicho tu nombre y nombrarlo todo, contigo
y la palabra que te dice, la flor oscura del pantano
con que a tu estirpe bautizaron otros,
es que amándolo todo estoy
y por ti estoy en beso y en bautizo
al mundo entero dando nombre.

Antes de todo antes...

Antes de todo antes
previo a la lluvia que jugó
gozosa entre tus piernas
antes que todo viaje y travesías
cruzaran tu camino
antes que el Verbo fuera pronunciado
antes que toda sentencia hubiese sido promulgada
antes que luz y sombras separadas fueran
antes de haber nacido todo silencio sobre tus labios
antes que la erupción de un Vesubio
dejase en el olvido a generaciones
antes que todo fruto fuese niebla
y esperanza de un aquí jamás postergado
antes de darte el nombre de una ciudad imprevista
antes que todo en ti fuera manzana y primavera
antes que toda primavera rodase
sobre tus senos y tus sienes
bendiciendo en su silencio lo humano todo
antes que del olvido se desprenda el oro
que a toda empresa humana espera
antes que todo calle,
y sea noche, y luna,
y precipicio
antes que ya no pueda más decirte casi en llanto
casi en canto

casi en palabra inmerecida
antes de yo saber algún saber prosaico
antes de todo nacimiento y religión
estaban ya tus ojos y tus labios
mirando a todo en flor
antes de todo antes

José Manuel Recillas (1964) es Presidente fundador de la Academia Mexicana de Poesía. Ha publicado *De sombra y olvido* (2022, Premio Internacional de Poesía Juan Ramón Jiménez de Coral Gables); *Atrévete a mirar, tú, que no quieres* (2016, Premio Internacional de Poesía Gilberto Owen); *Mahler* (2015); *El sueño del alquimista* (2015, 1998); *Sidereus nunciis* (2009), *Entre el sol amarillo del escombros* (2003) y *La ventana y el balcón* (1992).

Una elegía a Woody Allen

No voy a renunciar a la alta noche,
ni a la espada ni al amargo designio
con el que, como Ulises, los imperios
se han elevado igual que hundido. No
pido sino lo que me fue ofrecido,
igual que a los demás que, en su silencio,
me han precedido: lo imperecedero,
de mi nombre y la gloria de haber escrito,
de haber durado más que lo mortal
y que el imperio de la fatua fama
por medio de la letra y de la tinta,
del argentino espejo en movimiento,
de haber creído en lo que creo: el oro
recurrente del tiempo y su misterio,
el templo que celebra una amistad,
las horas incesantes de lectura
y el hábil deletreo de la música,
ese lenguaje puro que nos salva
de los otros y de nosotros mismos.

Del mundo y sus tesoros sólo espero
el resignado acontecer de un sol
que una vez más verá al impío igual
que al justo al descender como una espada,
segando igual al trigo que al delirio,

como si un beso ensangrentara el siglo
y quien ama no viese ya el mañana,
tajando igual el pecho temerario
que sagas inmortales por el Ródano.
Atardeceres mustios uno puede
lentamente observar, como si en lágrimas
los días regresaran y se hiciesen
no sombra sino copa para el alba,
celebración de la miseria diaria,
de la caducidad, de lo fortuito.
No debería, entonces, importarme
la pica, el paredón o el día en corte.
También son instrumentos del destino
que, como el sol y la alta primavera,
como el amor que a diario vive y muere,
carecen de importancia, pues lo suyo
no es perdurar ni ser materia nueva
para algo hermoso construir y amar.
Aunque la hormiga se haga laberinto,
y aunque su empeño el subsuelo horade,
es sólo mecanismo, y vanidad
de algunos empeñados en la ruina
y destrucción de todo lo que vibra
y anhelo de durar allende el día
en vez de sólo ser un animal
huyendo de otro que está en cacería,
y noblemente anteponiendo al hambre
su potente y vana musculatura.
No espero, ni deseo, de ellos juicio

alguno. Siempre estoy frente a la noche inmensa,
como debió de estar Ulises ante
el silencio y la desatada Rosa,
como se puede estar de solitario
cuando ni los de uno están contigo.
Zarpé hace mucho con puros extraños,
la travesía muchos no siguieron
e igual de ajenos se quedaron. Es
una simple constatación humana.
Y pienso cada noche en lo que amé,
en el amor total de lo creado,
en el amor tonal de lo creado,
de esa materia perdurable y noble
que cada vez más rara vez se ve,
en la ambición de ir a Cartago, una
vez más, y saberlo perdido todo,
y alzar el canto frente a la derrota,
y en eso que es el juicio lábil de hoy,
cuando se mezcla el agua y el aceite
justo antes del naufragio, o del sueño.

Y a veces me pregunto, frente a la horca,
¿a qué tendría derecho hoy Ulises,
o quien cantar quisiera, nuevamente,
sus viajes, desventuras y desvelos,
si un cielo plúmbeo está cayendo ahora
como una lluvia ahogando a la ciudad
envuelta en una lengua viperina,
ofídica, cantábrica y luzbélica?

También la citadela que nos puebla
y posible hace que nosotros seamos,
y enfrentemos lo insensato y burdo
¿lo siempre repetido como el sol,
la niebla de otros tiempos y otras lenguas
con templanza y una sonrisa mustia?,
sitiada está como Constantinopla,
y no por los herejes y su ejército,
sino por esos bárbaros, descritos
por Cavafis, el impasible griego
que vio arrasada su patria también,
y hoy como ayer tal vez baste esperar
a que la ruina llegue, así nomás,
como el meteoro que acabó los saurios,
inopinadamente, sin razón.
Pero no somos esos dinosaurios,
aunque la misma suerte nos aguarde.
En otros algo acaso de nosotros
quedará, como el tácito silencio
de la espada, de la esperanza ignara
igual que de la sangre derramada.
Hoy sólo la derrota y el desprecio
el fiel de la balanza, o el talento,
son, igual que la cicuta bebida
por Sócrates, rodeado por la plebe.
Tal vez eso nos quede, y será mucho.
Si en el mañana alguien recuerda a Sócrates,
quizás también recuerde a esta ciudad
y a sus judíos, siempre castigados

por ser judíos y por ser humanos,
por ser la sal hereditaria y viva
de algo que apenas se puede pronunciar.
No os olvidéis de aquel que fue vigía,
y que cuidando estuvo aquella posta
que nadie más en la ciudad cuidó
cuando a nadie más volvió a importarle.

Porque herido de vida está el que vive
solamente este día, de temblores,
de resplandores fríos, fragmentarios,
de algo que placer parece, rodeado.
No hay otra forma de vivir la vida,
de amar lo que el olvido borrará.

Senderos hay, y amaneceres vistos
que nada son si no son compartidos,
oscuras salas donde lo vivido
es como el sueño de un amor sencillo,
ajeno a lo que dicta la experiencia
de oír o de entender lo que se ha dicho,
de alzar la vista y no pensar, sentir,
viajar callando y entregar el alma
como dos manos que han estado allí
por siempre, sólo a punto de besar,
besarlo todo y estallar en llanto.

HORACIO

Carpe diem

No indagues, Leuconoe, no es lícito saberlo,
qué plazo a ti y a mí nos habrán dado los dioses,
ni consultes los números de Babilonia.
¡Cuánto mejor es aceptar cualquier cosa que suceda!
Sean muchos los inviernos que Júpiter te ha concedido,
sea éste el último, que al mar Tirreno debilita ahora
en los peligrosos escollos, sé sabia, filtra el vino
y no tengas esperanza larga en el breve espacio
de la vida. Mientras hablamos, habrá huido envidioso
el tiempo: goza este día, nada fiable es el mañana.



Medalla en bronce del siglo IV en la Biblioteca Nacional de París

¿Por qué me quitas la vida con tus quejas?...

¿Por qué me quitas la vida con tus quejas?
Ni a los dioses es grato, ni a mí,
que mueras antes, Mecenas, tú,
pilar mío, toda mi gloria.
¡Ah! Si una fuerza prematura
te arrebatase a ti, la mitad de mi alma,
¿a qué esperaría yo, la otra,
no tan querida e incompleta superviviente?
Ese día traería la ruina a ambos.
Pero no será vano mi juramento:
iremos, iremos, dondequiera que vayas,
compañeros dispuestos a hacer juntos
la última jornada.
Ni el aliento de la ígnea Quimera,
ni, si resucitare, el centímano Gias,
me arrancaría nunca de ti:
así lo acordaron
Justicia poderosa y las Parcas.
Nacido bajo Libra
o bajo el formidable Escorpión,
el más violento signo en la hora natal,
o bajo Capricornio, tirano
de la onda Hespérica,
tus astros y los míos se corresponden
de manera increíble.

A ti la luminosa tutela de Júpiter
te libró del impío Saturno
y retardó las alas del Destino veloz
cuando el pueblo, reunido,
tres veces te aplaudió con alegría;
y a mí un tronco me hubiera
aplastado el cerebro, si Fauno,
custodio de los hombres de Mercurio
no hubiese aligerado con su diestra el golpe.
Acuérdate de ofrecerle víctimas
y del templo que prometiste;
yo inmolaré en su honor una humilde cordera.

Odio al vulgo profano y lo rechazo...

Odio al vulgo profano y lo rechazo.
Tened las lenguas: sacerdote de las Musas,
voy a cantar versos jamás oídos antes
a los niños y a las doncellas.
A sus propios rebaños rigen
temibles reyes, y a ellos los gobierna
Júpiter, famoso por su triunfo Giganteo,
el que lo mueve todo con su ceño.
Sucede que un hombre alinea en los surcos
mayor número de árboles que otro hombre;
éste, de más noble linaje, baja
al Campo a competir; aquél,
mejor por sus costumbres y su fama
rivaliza con él; otro tiene mayor
cantidad de clientes.
Con justa ley, Necesidad
sortea a los notables y a los ínfimos:
una amplia urna mueve todo nombre.
Aquel sobre cuya impía cabeza
pende desnuda espada
no encuentra dulce el sabor de los festines Sículos
ni el canto de las aves y de la cítara
le devuelven el sueño. Ese sueño
apacible que, en cambio, no desdeña
la casa humilde del campesino,
ni la umbrosa ribera,
ni Tempe, el valle oreado por los Céfiros.
Al que desea sólo lo suficiente

no lo seduce el mar tumultuoso,
ni el ímpetu cruel de Arturo al ponerse,
ni el nacimiento de las Cabrillas,
las viñas azotadas por el granizo
o una finca mendaz, ya culpen sus plantíos
a las aguas, a las estrellas
que abrasan los campos
o a los inclementes inviernos.
Sienten los peces reducido el mar
por las moles lanzadas a sus aguas,
pues allí van a parar las piedras
que sin cesar arrojan el empresario con sus obreros
y el señor harto ya de tierra.
Mas Temor y Amenazas
suben adonde está el señor,
y la negra Inquietud no se separa
de su trirreme guarnecida de bronce
y cabalga tras él, jinete.
Y, si ni el mármol Frigio,
ni el uso de la púrpura más brillante que un astro,
ni la viña Falerna,
ni el costo Aquemenio
alivian el dolor del que sufre,
¿por qué voy a construir un atrio grandioso
con puertas envidiables, según el nuevo estilo?
¿Por qué voy a cambiar
mi valle de Sabina
por riquezas tan pesarasas?

LA POESÍA DE ZBIGNIEW HERBERT

Kavafis escribió que tal vez los bárbaros hubieran sido una solución. Zbigniew Herbert (1924-1988) —nacido en Lvov, “uno de los lugares más peligrosos en los que estar entre 1939 y 1945” — escribió entre bárbaros (soviéticos, nazis) con nostalgia de un pasado clásico. En un libro sobre Herbert, *Un fugitivo de la utopía*, Stanislaw Baranczak dibuja ese viaje de un poeta, que huyendo de las sospechosas utopías de las que fue contemporáneo, (Herbert atribuía su capacidad de resistencia no a su valentía, sino a su sentido del gusto: todo lo soviético le repelía, especialmente su retórica), buscó los valores de una antigüedad clásica que siempre anheló y frente a la que siempre se sintió, él mismo, como un bárbaro eslavo. Para formular los pensamientos de ese bárbaro creó un alter ego al que llamó Don Cogito y le traspasó sus sueños:

*“Me afeitó en el baño timbre abro la puerta
un cobrador me entrega en mano facturas de luz y gas
no tengo dinero vuelvo al baño dándole vueltas
a la cantidad de 63,50
alzo la mirada y de pronto veo en el espejo
mi rostro de modo tan real que me despierto gritando
si al menos por una vez me fuera dado
soñar con el rojo jubón del verdugo
o el collar de la reina le quedaría
muy agradecido a los sueños”.*



La poesía de Herbert oscila entre esa realidad bárbara de Don Cogito y el paralelismo (en el que siempre sale perdiendo) con los clásicos.

“Los generales de las últimas guerras [...] gimotean de rodillas ante la posteridad se glorían de su heroísmo e inocencia

inculpan a sus subordinados a los colegas envidiosos y los vientos hostiles

Tucídides se limita a decir que disponía de siete naves era invierno y navegó con rapidez”.

Herbert escribe sobre el estupor de ser humano en el siglo XX. Aunque prefiere el puerto franco de los clásicos, no renuncia a referencias muy reales (la matanza del bosque de Katyn, por ejemplo) ni a ironizar sobre alternativas que entonces comenzaban a ponerse de moda, como las filosofías orientales. Herbert dedica poemas a sus colegas (Milosz, Zagajewski, Amijai) y busca refugio en el arte, en unas nubes sobre Ferrara que ya había visto en un cuadro de Ghirlandaio:

“Blancas alargadas como naves helénicas [...] en ellas y no en las estrellas

*decídese
el destino”.*

Herbert reacciona a la retórica comunista con un lenguaje que tiene la exactitud de un informe redactado por un lector de los clásicos, a los que estudió al mismo tiempo que económicas, derecho y dibujo. No estuvo sólo en su empeño de renovación del lenguaje poético: en su país y en su tiempo tuvo como compañeros ni más ni menos que a Czeslaw Milosz, Wislawa Szymborska y Tadeusz Rozewicz. Don Cogito no está en ninguna torre dorada: lee el periódico para preguntarse sobre la aritmética de la compasión o para estar de acuerdo con Mircea Eliade en que:

*“somos a pesar de todo
una sociedad avanzada*

*magia y gnosis
florecen como nunca*

*paraísos artificiales
infiernos artificiales
se venden por las esquinas*

*en Ámsterdam se descubrieron
instrumentos de tortura de plástico*

*una muchachita de Massachusetts
recibió un bautismo de sangre
los catatónicos del séptimo día
esperan en las pistas de despegue”.*

En el prólogo a la edición estadounidense de su poesía completa, el crítico Adam Zagajewski advierte: “Esta poesía trata del dolor del siglo XX, de la aceptación de la crueldad de una edad inhumana, de un extraordinario sentido de la realidad”. A Herbert le hubiera gustado que Tucídides presentara el telediario. No siendo posible, decidió ser él mismo el Tucídides del siglo que, pese a su crueldad, convirtió a los derrotados en víctimas; el siglo que de entre las cenizas del inmenso horror repetido rescató eso que ahora llamamos humanidad. Como en los clásicos, en su poesía hay lecciones que no debiéramos olvidar.

Zbigniew Herbert [1924-1998] nació en Lvov (Ucrania) y estudió filología polaca en Cracovia, Torun y Varsovia. Tras la entrada del Ejército Rojo huyó a Cracovia y se incorporó a la resistencia antifascista. Publicó sus primeras obras en la revista *Dzis i Jutro*. Fue considerado "enemigo del pueblo y del socialismo" en los tiempos de Stalin. Tras la condena del estalinismo pudo reanudar su actividad literaria como director de las revistas *Tworczość* y *Poezja*. Desde 1970 fue profesor de literatura europea en diversas universidades de California. Después de su regreso a Polonia en 1981 y con la proclamación de la Ley Marcial, se sumó a la oposición, siendo uno de los principales redactores de la revista clandestina *Zapis*. Su creación poética, plena de impaciencia moral, y su actitud antidictatorial contra Wojciech Jaruzelski, influyeron en la intelectualidad polaca hasta la caída del comunismo en 1989. En 1991 fue propuesto como candidato al Nobel de Literatura. Herbert se definía como "ciudadano del mundo y heredero no sólo de los griegos y de los romanos, sino de casi todo el infinito". Ensayista y dramaturgo, en los últimos años de su vida se convirtió en un anticomunista radical y exigió el ajuste de cuentas a los responsables del régimen totalitario.

MLV

A Marco Aurelio

Buenas noches, Marco Aurelio,
apaga la luz y cierra el libro.
Encima de tu cabeza
se levanta una alarma de estrellas,
el cielo habla una lengua extranjera,
es el bárbaro grito de miedo
que tu latín no puede entender,
un terror continuo, un negro terror,
contra la frágil tierra humana.

Empieza a golpear y triunfa.
Escucha su rugido.
El flujo incesante
de los elementos ahogará tu prosa
hasta que se derrumben
los cuatro muros del mundo.

¿Y para nosotros? -temblar en el aire
soplar las cenizas agitar el éter
roernos los dedos
buscar vanas palabras
arrastrar las sombras caídas
a nuestras espaldas

Bueno Marco Aurelio mejor cuelga tu paz,
a través de las tinieblas dame la mano.
Déjala temblar cuando el ciego mundo golpea
en nuestros cinco sentidos como lira caída.

Traidores el universo y de la astronomía
cálculo de las estrellas y sabiduría de la hierba
enorme tu grandeza y mis lágrimas.

[José Emilio Pacheco]

Informe desde la ciudad sitiada

Demasiado viejo para llevar las armas
y luchar como los otros
fui designado para el
mediocre papel de cronista

Registro -sin saber para quién-
los sucesos del asedio,
debo ser exacto mas no sé
cuándo comenzó la invasión,
hace doscientos años en diciembre
o setiembre quizá ayer, al amanecer

Todos padecen aquí la ruina del tiempo
nos quedó sólo el apego al lugar
aún poseemos las ruinas de los templos
los espectros de jardines y casas,
si perdemos nuestras ruinas nada nos quedará

Escribo con el ritmo de truncadas semanas.
Lunes: almacenes vacíos,
la rata ha devenido moneda corriente
Martes: alcalde asesinado por agentes desconocidos
Miércoles: conversaciones sobre el armisticio
el enemigo confinó a los emisarios
ignoramos dónde se encuentran
esto es el lugar de su suplicio
Jueves: tras una turbulenta asamblea
se rechaza por mayoría

la propuesta de los comerciantes
de rendición incondicional
Viernes: comienza la peste
Sábado: se ha suicidado un desconocido
Domingo: no hay agua
Rechazamos un ataque en la puerta
llamada Puerta de la Alianza

Todo esto es monótono
a nadie puede conmover
las emociones mantengo a raya
Escribo sobre hechos
valorados en los mercados foráneos
pero con cierto orgullo
deseo informar al mundo
que gracias a la guerra
hemos criado una nueva
variedad de niños desprecian los cuentos
juegan a matar despiertos
y dormidos sueñan con la sopa,
el pan los huesos, exactamente,
como los perros y gatos

Al atardecer me gusta deambular
por los confines de las fronteras
de nuestra libertad incierta
Miro desde lo alto
el hormigueo de los ejércitos
sus luces escucho
el tronar de los tambores
los alaridos bárbaros
en verdad es inconcebible

que la ciudad todavía se defiende

El asedio continúa
los enemigos deben ser reemplazados
nada les une excepto el anhelo de nuestra destrucción
godos tártaros suecos huestes del César
regimientos de la Transfiguración del Señor
quién los enumerará
los colores de los estandartes cambian
como el bosque en el horizonte
desde el delicado amarillo de las aves en primavera
a través del verde del rojo hasta el negro invernal

Así, al atardecer,
liberado de los hechos,
puedo pensar en asuntos antiguos
lejanos, por ejemplo,
en nuestros aliados de ultramar,
su compasión es sincera
envían harinas, sacos de ánimo,
grasa y buenos consejos,
ignoran incluso que nos traicionaron sus padres
nuestros exaliados desde los tiempos
de la segunda Apocalipsis

Sus hijos no tienen culpa
merecen gratitud
no sufrieron un asedio
largo como una eternidad
de quienes alcanzó la desdicha
están siempre solos
defensores del Dalai-Lama

kurdos montañeses afganos

Ahora cuando escribo estas palabras
los partidarios del pacto conquistaron
cierta ventaja sobre la fracción de
los intransigentes habituales
las oscilaciones de ánimo
los destinos aún se sopesan
los cementerios crecen
disminuye el número de los defensores
pero la defensa perdura y perdurará hasta el final
y si cae la Ciudad y uno solo sobrevive
él portará consigo la Ciudad
por los caminos del exilio
él será la Ciudad

Miramos en el rostro del hambre
el rostro del fuego
el rostro de la muerte y el peor de todos
-el rostro de la traición
y sólo nuestro sueños
no fueron humillados.
(1984)

[Xaverio Ballester]

Parábola de los emigrantes rusos

Sucedió el año veinte
o quizás el veintiuno
A nosotros vinieron
emigrantes rusos
muy altos y rubios
de ojos soñadores
con mujeres de ensueño.

Cuando iban al mercado
a bailes de terratenientes
decíamos que eran
aves de paso
enjoyadas,
pero, cuando las luces,
de la fiesta apagaban
quedaban desvalidos,
la prensa se callaba
y solo el solitario
apiadaba de ellos.

Detrás de las ventanas callaban
las guitarras y los negros ojos
empalidecían.
Un samovar con silbato
los llevaba a sus casas.

Años más tarde dijeron
que uno enloqueció,
que otro se colgó,
y que la que atendía
a los hombres
se había hecho cenizas.
Eso decía Mikolaj
que para persuadirme
contaba esta historia.

1957

[HAT]

CIRCE MAIA

Dos futuros

¿Podremos ver crecer la santa-rita?
Anteayer fue plantada en el muro del fondo.
Llega hasta media altura.
Tiene dos flores rojas.
En realidad, son tres hojas rojas,
que envuelven flores
diminutas y blancas.
Verla, en verdad, crecer,
claro que es imposible.
Más vale no mirarla día a día.
Parece siempre igual.
Y sin embargo
algún día habrá trepado al muro.
Derramará sus flores-hojas
hacia un lado y el otro.
(Ella no entiende esas separaciones)
¿Pero podremos verla?
Como nada es seguro
también podrá ocurrir que se muriera
como murió el cerezo en su primera infancia
en el mismo lugar en que ella crece.
Hay grandes esperanzas, sin embargo,
sobre esos dos futuros:
el de la planta roja
y el de los ojos que querrían mirarla.



A la hora final

A la hora final
cada uno tendrá su pequeño paisaje
para borrar con él esa penumbra
de habitación de enfermo.

Este trozo de río no está mal, por ejemplo,
para guardarlo así: las costas verdes
rodeándolo, brillante, silencioso.

Y son dos movimientos:
mientras el bote avanza
sin ruido, hacia adelante,
la imagen, al contrario,
va hacia atrás, silenciosa,
abriendo el pensamiento
y ancla profundamente.

Cuando toque soltar amarras
de una vez para siempre
el viajero no habrá de ver los muros
—frascos, cama, remedios—
sino este río inmóvil
bajo la luz del sol, resplandeciente.

Raíces

Hoy de mañana
tuvimos que arrancar unas hierbas
que creían por todas las ranuras.
Se arrancaron las hierbas
y quedaron al sol temblando las raíces
como sorprendidísimas... ¿y esto?
¿De lo oscuro a lo claro en un instante?
Muerte invertida, rara:
de la tierra cerrada y ciega
al ojo azul, que todo lo traspasa.
Abrirse a todo aire: perderse.
Soltarse a toda luz: también perderse
dicen las raíces
temblando.

El medio transparente

Lo mejor sería no pensar demasiado
en ellas, las palabras. Ellas vienen
así o de otro modo y no es tan importante.
Vidrios, ventanas son y habría que limpiarlas
con cuidado, por eso. No pintarlas
—¿qué verías detrás?— y no adornarlas.
Por mirar el adorno en la ventana
no miraste hacia afuera.
El más breve vistazo
hubiera sido al menos suficiente
para mirar la luz del otro lado.
Sí, esa luz de afuera
sobre un rostro que pasa.

Poemas de Caraguatá

I

A la hora final
cada uno tendrá su pequeño paisaje
para borrar con él esa penumbra
de habitación de enfermo.

Este trozo de río no está mal, por ejemplo,
para guardarlo así: las costas verdes
rodeándolo, brillante, silencioso.

Y son dos movimientos:
mientras el bote avanza
sin ruido, hacia adelante,
la imagen, al contrario,
va hacia atrás, silenciosa,
abriendo el pensamiento
y ancla profundamente.

Cuando toque soltar amarras
de una vez para siempre
el viajero no habrá de ver los muros
—frascos, cama, remedios—
sino este río inmóvil
bajo la luz del sol, resplandeciente.

V

Río y monte cubiertos de niebla
ingresan fácilmente en lo “ya visto”
se vuelcan sin conflicto en el recuerdo.
Vienen ya tan modestamente
descoloridos! Tan apenas
anuncian su presencia. Nada imponen.
Sugieren vagamente
sin mayor convicción, como si hablaran
–lenguaje de la niebla– a medio tono.
Claro que pueden despertar angustia
pero sólo al querer forzarlos, revelarlos.
Déjala así. Acepta esta luz blanda.
Deja a la venda húmeda que toque
el ojo herido.
Déjala.

Circe Maia [Montevideo, 1932] hizo estudios de filosofía en el Instituto Artigas y la Universidad de la República, enseñando esa disciplina en el Liceo Departamental y el Instituto Docente de Tacuarembó, donde vive. Miembro del Partido Socialista, durante la dictadura militar fue destituida de su cargo de profesora y su marido puesto en prisión por dos años por hacer parte del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros. Con el regreso a la democracia en 1985, luego de perder uno de sus hijos en un accidente de tránsito, fue reintegrada a su cargo de maestra de secundaria y sus libros comenzaron a ser leídos. La publicación de *Superficies* en 1990 fue su regreso a la poesía, que ha sido traducida a numerosos idiomas. Su *Obra poética* se ha publicado en un grueso volumen en 2007 y 2010. Según Maia la expresión adecuada para su poesía es «*el lenguaje directo, sobrio, abierto, que no requiere cambio de tono en la conversación, pero que sea como una conversación con mayor calidez, mayor intensidad... La misión de este lenguaje es descubrir y no cubrir; descubrir los valores, los sentidos presentes en la existencia y no introducirnos en un mundo poético exclusivo y cerrado*». En su poesía los objetos, las personas, las muertes cercanas, la pintura y el tiempo son algunos de los temas elegidos para «descubrirse» y descubrir la trama humana.

RICHARD BRAUTIGAN

El mochilero de Galilea

Baudelaire estaba
conduciendo un Modelo A
sobre Galilea.
Recogió a un mochilero
llamado Jesús;
había estado de pie
toda la mañana
frente a un banco
de peces
mientras los alimentaba
con pedazos de pan.
“¿Hacia dónde
vas?” preguntó Jesús,
sentándose
en el asiento delantero.
“¡A cualquier lugar,
voy a cualquier lugar fuera
de este mundo!”
gritó
Baudelaire.
“Iré contigo
hasta Gólgota”
respondió Jesús.
“Tengo un espacio
en el carnaval
y no debo llegar tarde”.

[Sebastián Díaz]



El descubrimiento

Los pétalos de la vagina se abren
como Cristóbal Colón
quitándose sus zapatos.
¿Acaso hay algo más hermoso
que la proa de un barco
tocando un nuevo mundo?

[Pierre Herrera]

Un bote

En su malvado bosque
el hombre lobo
era bellissimo.
Lo llevamos
a la feria del condado
y lloró amargamente
al ver la rueda
de la fortuna.
En sus peludas mejillas
corrieron lágrimas eléctricas
de un color verdoso
o rojizo.
Parecía un bote
que navegaba
en la oscuridad.

[Sebastián Díaz]

Soneto

El mar
es un viejo poeta de la naturaleza
que murió de un ataque al corazón
dentro de una letrina pública.
Su fantasma aún
asecha los urinarios.
De noche se le puede
escuchar caminar
descalzo
en la oscuridad.
Alguien robó
sus zapatos.

[Pierre Herrera]

Hormiguero automático

Esta noche, conducido por el hambre,
tuve otra forzosa cena de soltero.
No podía decidir
sí prefería comida china
o acaso
una hamburguesa. Carajo,
detesto cenar solo. Es
como estar muerto.

[Sebastián Díaz]

¡Hey! De esto es de lo que se trata

Sin publicaciones
Sin dinero
Sin estrella
Sin fornicar
Un amigo vino a casa
hace unos días y leyó uno de mis poemas.
Hoy regresó y me pidió leer de nuevo el
mismo poema. Cuando terminó
de leer, dijo, “Me hace querer
escribir poesía.”

[Pierre Herrera]

Poema de amor

Es precioso
despertar en la mañana
solo
y no tener que decirle a nadie
que lo amas
cuando ya no lo amas
más.

[Pierre Herrera]

30 centavos, dos pasajes, amor

Pensando mucho en ti
subo al autobús
y pago 30 centavos de pasaje
y le digo al chofer que es
por dos pasajes
antes de descubrir que
iba solo.

[Pierre Herrera]

Richard Gary Brautigan [Tacoma, 1935 – 1984] novelista, poeta y cuentista de la Generación Beat. Hijo de un obrero y una camarera, tuvo una desastrosa niñez, pasando severas hambrunas yendo de un lado para otro en el noroeste de los Estados Unidos hasta que a mediados de los años cuarenta pudieron establecerse en Oregón, cuyos recuerdos aparecen en muchos de sus poemas. Estudió secundaria en un instituto de Eugene, donde escribía en el periódico y jugaba en el equipo de baloncesto. Luego de graduarse se trasladó a San Francisco donde pasó de nuevo muchos trabajos, hasta el límite de que se cree que en la navidad de 1955 se hizo arrestar de la policía, tirando una piedra a una vitrina, para poder comer. Fue multado y enviado a un hospital donde dijeron que tenía esquizofrenia, siendo maltratado con electrochoques.

En San Francisco trató de sobrevivir de la escritura, ofreciendo poemas y recitando en lugares públicos. En la década de los sesenta se vinculó al mundillo teatral y en el verano de 1961 terminó dos de sus novelas mejor leídas: *A Confederate General From Big Sur* (1964) y *Trout Fishing in America* (1967), que ha vendido millones de ejemplares en todo el mundo. Dipsómano, durante su vida adulta padeció severas angustias y a los 49 años, viviendo solo en Bolinas, California, se disparó a la cabeza con una Magnum 44. Su cadáver fue encontrado descompuesto, un mes después de su suicidio.

MARUSA KRESE

De repente anocheció en Egipto

Hace calor.
Las tranquilas paredes,
los caminos polvorientos,
las sombras brillando.
El sol se pone.
Hace calor.
Todos los días.
Estamos a nuestra suerte.
Todos los días.
Estamos esperando.
Todos los días.
El punto muerto nos aterra.
Todos los días.
Nadie visita.
nadie llora
Nadie vive
Hace calor.
Todos los días.

[Tina Mahkota/Julia Melissa Rivas.]



Gaza, 2005

Uno, dos, tres,
Estoy contando ropas,
contando cáscaras.

Uno, dos, tres.
Estoy contando niños muertos.
En mis ropas.

Uno, dos, tres.
Estoy contando días de dolor y llanto.
Uno, dos, tres.
Estoy contando corazones de piedra.
Uno, dos, tres.
Estoy contando los pecados de Alá.

Uno, dos, tres.
Estoy cosiendo cortinas
para cubrir la muerte.

Uno, dos, tres.
Estoy cosiendo,
para así no perderme
En un valle de desesperación.

[Tina Mahkota/Julia Melissa Rivas.]

Venezuela, 2010

Estamos aquí junto al océano.
En la arena, al lado de las olas.
Nos tenemos sólo a nosotros mismos
y las estrellas en el cielo.
De noche.

Estamos aquí junto al océano
Escuchando la canción del viento.
Una canción
de la blasfemia en la tierra,
de los soldados en la orilla del mar,
de los esclavos en los botes,
de las nuevas banderas,
de niños hambrientos,
de madres
encadenadas en grilletes,
de padres muertos.

Estamos aquí solos
junto a las turbulentas olas,
en el sol, en los rastros del crimen,
y vemos el juego de este mundo.

[Tina Mahkota/Julia Melissa Rivas.]

Recostada en un cacao en Venezuela

Es de mañana.
Hace calor.
Cada mañana.
Es de mañana.
Y permanezco aquí.
Cada mañana.
Permanezco entre árboles.
Es de mañana.
Huele a cacao.
Cada mañana.
Permanezco en este lado del mundo.
Es de mañana.
Cierro mis ojos.
Cada mañana.
Permanezco en mis propias huellas.
Es de mañana.
Cada mañana.
Permanezco en el dolor.
Permanezco en el misterio.
Siguiendo la pista del misterio y del dolor.
Permanezco.
Cada mañana.
Cada mañana.
Aquí, en el bosque permanezco.
Mañana.

Susurro.
Hablando a las almas.
Ellas con olor a cacao, a miedo, a musgo.
A anhelo.
A mar.
A despedida.
Ellas con olor a distancia.
Mañana.
El cielo está despertando.
Es de mañana.
Cada mañana.
Permanezco aquí.

[Tina Mahkota/Julia Melissa Rivas.]

Ataúdes en Bosnia y Herzegovina

Dejamos de contar.
Dejamos de contar las miradas desamparadas,
los llantos de desesperación,
los senderos hacia lo desconocido.
Dejamos de contar las coincidencias,
las memorias y las anotaciones en el libro del dolor.
Olvidamos los nombres descoloridos
y anotamos los números.
Los números de ataúdes, en nuestra vida.

[Tina Mahkota/Julia Melissa Rivas.]

Una mujer con un niño en Nicaragua

Cambio esta infernal calle por una casa en la colina.
Cambio la mirada de los hombres por unas papayas y un río.
Cambio interminables colas por un segundo de vida,
por una comida de felicidad.
Cambio recuerdos por una puesta del sol.
Cambio un montón de tonterías por los colores del cielo.
Cambio este dolor por la risa de un niño y por mágicas palabras.
Cambio un alma cansada por un libro de plegarias.
Cambio el miedo y la realidad por las estrellas del cielo.

[Tina Mahkota/Julia Melissa Rivas.]

El autobús en Nicaragua

Nos enfrentamos a miles de mentiras y sangre.
Nos enfrentamos con las madres de los héroes,
con gente pisoteada y caminatas rumbo a los cementerios.
Nos enfrentamos a amenazas,
con la insufrible tortura de nuestro país
y los ruegos por la muerte.
Esperamos por nuevos papeles,
gozo y una vida con nueva narrativa.
Hemos estado esperando por el final.
No hay final.

[Tina Mahkota/Julia Melissa Rivas.]

Marusa Krese [Liubliana, 1947-2013] estudió Historia del Arte y Literaturas Comparadas y Psicoterapia en Eslovenia, Estados Unidos, Gran Bretaña y los Países Bajos. Entre 1990 y 2012 vivió en Berlin y Graz haciendo periodismo y reportajes para la prensa alemana y austriaca. Su obra *Der Wind geht gen Mittag und kommt herum zur Mitternacht* “El viento sopla al mediodía y gira a la medianoche” fue elegida en 1993 como la mejor pieza radial del año. Vivía en Alemania cuando estalló la guerra fratricida en la antigua Yugoslavia, entonces organizó varias iniciativas para lograr la paz, que le valieron la Cruz Federal del Mérito en Alemania y en 2002 fue incluida entre las cien mujeres más influyentes de Europa.

Hija de partisanos, su padre fue Franc Krese Coban, héroe nacional y su madre Ljudmila Saje un ícono del hipismo y actriz reconocida por su participación en las protestas estudiantiles eslovenas de 1968. Estuvo casada con el poeta Tomaz Salamun, con quien tuvo dos hijos. Por su departamento de Berlín pasaron muchas mujeres sobrevivientes de Srebrenica y otros refugiados bosnios. Escribió su obra literaria en su lengua materna, una de las causas para que su poesía siga siendo desconocida.

PATRIZIA CAVALLI

Y quién se atreverá a decirme ahora

¿Y quién se atreverá a decir ahora
que no tengo coraje, que no me mezclo
con los demás o no me apasiono?
Hoy he hecho una fila
de media hora en el correo;
aguanté toda la espera paso
a paso; sentí el olor
atroz de los varones y los viejos;
también el de las mujeres.
Sentí unas manos que tocaban mi culo,
y me oprimían.
Reconocí la náusea,
y la dejé en el lugar donde estaba;
mi cuerpo se colmó de sudor;
me expuse a la pulmonía.
No es en el amor hacia mí,
sino en el horror hacia los demás,
donde me reconozco.

[Diego Bentivegna/Osvaldo Bossi]



No tengo semen para esparcir

No tengo semen para esparcir por el mundo,
no puedo inundar mingitorios ni colchones.
Mi avaro semen de mujer es poca cosa para herir.
¿Qué puedo dejar en las calles, en las casas,
en los vientres no fecundados?
Las palabras, muchísimas de ellas
aunque ya no se parezcan más,
han olvidado la furia y la maldición,
se han transformado en señoritas
con un poco de mala fama,
pero señoritas al fin.

[Diego Bentivegna/Osvaldo Bossi]

Me corté el pelo, me oscurecí las cejas

Me corté el pelo, me oscurecí las cejas,
arreglé la comisura derecha de mi boca,
Adelgacé mi cuerpo, levanté mi estatura.
También di a mis hombros definición triunfal.
Soy otra vez una chica, un chico por las calles,
con paso de diligente, sin adorno superfluo.
Sin embargo, no olvidé sentarme despacio,
con velo en la mirada.
Y sin darme cuenta derroché caricias.
Mi cuerpo, un secreto intocable.
Los riñones condensan la espera insatisfecha;
en los jardines, los paseos,
las recomendaciones de siempre,
el cielo a veces azul
y a veces no.

[Diego Bentivegna/Osvaldo Bossi]

Basta

Basta,
se acabaron los cubiertos
en estuches de oro.
Esa comida exquisita y lejana,
ese gusto de paladares cultos.
Belleza mía,
sí, te llamaré belleza mía,
haré que descieras y tropieces.
Ah, me rociaste largo tiempo,
mi bombera: llamaradas y humo
y fuego que no arde y yo
que me quemaba con la fiebre,
quería toda la hostia
y tú deshacías en mi boca
partículas santas.

[Diego Bentivegna/Osvaldo Bossi]

Para tu desgracia

Ah sí, para tu desgracia,
en vez de partir
permanecí en la cama.
Toda la casa para mí sola:
cerré la puerta,
desplegué las cortinas,
a afuera los cuatro canarios
enjaulados parecían cuatro bosques
y las cuatro mil voces al despertarse
se confundían con el regreso de la luz.
Pero cruzando la puerta,
en los pasillos oscuros, en las habitaciones
casi vacías que capturan
los sonidos más lejanos
los pasos miserables de lánguidos regresos
a casa, se encendían nacimientos
y peligros, se consumaban
muertes sombrías e indiferentes.
¿Pero crees realmente que no te vi
morir en un rincón
con el vaso cayendo de tus manos
y el cuello rojo e hinchado,
avergonzándote un poco
por haber sido sorprendida
una vez más,

después de tanto tiempo
en la misma posición, en la misma condición
pálida, temblorosa, llena de excusas?
Pero si entonces pienso realmente en tu muerte
en qué cama de hospital, casa o albergue,
en qué calle, acaso en el aire
o en un túnel; si pienso en tus ojos que ceden
a la invasión, en la extrema, terrible mentira
con la que intentarás rechazar el ataque,
o la infiltración, en tu sangre pulsando indecisa
y desatada, en la última, inmensa visión
de un insecto que pasa, un pliegue de la sábana,
una piedra o una rueda
que te sobrevivirán,
entonces ¿cómo puedo dejar que tú te vayas?

[Diego Bentivegna/Osvaldo Bossi]

Ahora que el tiempo parece todo mío

Ahora que el tiempo parece todo mío
y nadie me llama para el almuerzo o la cena,
ahora que puedo quedarme mirando
cómo se deshace una nube o cómo se destiñe,
cómo camina un gato por el techo
en la enorme lujuria de su exploración,
ahora, que todos los días me espera
la inmensa extensión de una noche
donde no hay llamada ni razón
para desnudarse de prisa,
ni para descansar en la deslumbrante
dulzura de un cuerpo que espera;
ahora, que la mañana no tiene principio
y silenciosa me libra a mis proyectos,
a todas las cadencias de la voz,
ahora, quisiera estar presa.

[Diego Bentivegna/Osvaldo Bossi]

Y en aquel punto donde la memoria

Y en aquel punto donde la memoria
por la luz excesiva se destiñe un poco,
yo recogía en plegaria tus formas.
La noche cubría con sudor
el peso inmenso de tu cuerpo ausente
y prolongaba tranquila mi despertar
para abrigarme dentro de tu manto.
Luego me cubría toda con esa tela
que se mezclaba intensa con mi hálito,
y atravesaba las conversaciones
cuidando que mi ropa no se ajara.
Con todo alguna vez, por distracción,
cediendo a las preguntas de mis huéspedes
se me enredaba algún borde en el tedio,
y se me caía con algún desgarro.
Para reconstruir la perfecta trama,
sin estar segura de mis manos,
recurría a la ayuda del teléfono.

[Diego Bentivegna/Osvaldo Bossi]

Patrizia Cavalli [Todi, 1947-2022], luego de graduarse en el instituto Jacopone de su pueblo, fue a Roma, donde conoció a Elsa Morante mientras estudiaba filosofía, a quien dedicó su primer libro de poemas. A mediados de los setenta fue incluida en la *Antología della poesia femminile in Italia dal dopoguerra ad oggi* junto a Maria Luisa Spaziani, Vivian Lamarque, Amelia Rosselli y Anna Maria Ortese. Con la cantante Diana Tejera hizo el disco *Al cuore fa bene far le scale* en 2012. Murió en Roma tras una larga enfermedad. Su poesía está elaborada con un compleja técnica donde las medidas métricas provienen de los clásicos italianos, pero el léxico y la sintaxis son actuales, alejándose de manierismos y enfatizando en la lengua cotidiana y familiar.

YI SHA

Cuando el tren pasó sobre el río amarillo

Cuando el tren pasó sobre el río Amarillo
yo estaba orinando en el baño
Sé que no debía hacerlo así
sino sentarme ante la ventana
o ponerme a la puerta del vagón
con la mano izquierda en jarras
y la derecha sobre las cejas
divisando lejanías
o al menos como un poeta
reflexionando sobre el río
o los momentos de la historia.
Todos los demás contemplaban el río
y solo yo estaba en el cuarto de baño.
Por mucho tiempo
este tiempo era mío.
Había esperado día y noche
un chorro de orina,
pero el río Amarillo
estaba ya lejos.

[Sun Xintang]



China al fondo

Cola de Cerdo encuentra su amigo en la tienda.
"Bao, ¿tienes cigarrillos?"

Esa caja de cigarrillos fue robada,
al igual que la pistola que está en el techo.

Bao se sienta en la cama de la ferretería.
Se rompió la pierna cuando huían con la pistola.

Bao quiere venderla
para ir al hospital y le arreglen la pierna.

Cola de Cerdo está en contra de eso.
"¡Bao, te degollaran!"

Bao empieza a llorar,
Y llora cada vez más fuerte:
"¡Mira en como estoy!"

"No he comido nada en dos días.
¿Quieres que mi pierna siga rota?"

Ahora Cola de Cerdo empieza a llorar.
Se limpia la cara: "¡Mira en qué estado estamos!"

Cola de Cerdo decide vender la pistola.
Vende el arma al Sr. Dong.

Este fue el comienzo de los famosos crímenes
de X'ian en 1997.

Mientras todos hablaban de los asesinatos
Yo pensaba en Cola de Cerdo y el joven Bao.

Unos chicos sin futuro, allá en el fondo de China,
que un poeta del pueblo no puede sacar de su cabeza.

[Harold Alvarado Tenorio]

Borracho de sol

Esa tarde de otoño
hubo un sol espléndido
en Chang'an.
¡Qué delicia!
Sentado en las escaleras
estoy ebrio con los fulgores del sol.
Media hora de luz
son tres copas de vino.
Mis ojos
ven estas luces
como un licor que
entre las venas
de un cuerpo transparente
corre.

[Sun Xintang]

Sueño

En la celda de la prisión
hay una persona
delante de un pequeño escritorio

Sobre el escritorio
hay un papel y un lápiz,
sobre el papel un poema

La luz entró por la ventana
y arruinó el poema

[Sun Xintang]

Conspiración

Se acerca y me pide dinero
porque justo a mi lado
se encuentra
una linda mujer.
Le doy el dinero
porque esa preciosa mujer
que está junto a mí
mira.

[Sun Xintang]

Paloma

En el cielo
una blanca paloma
cruza el fuego del sol
y sigue volando
hasta convertirse
en un negro pájaro.
Tal vez quien vuela
sea su sombra o su alma.
Quizás sus cenizas
conserven la forma
de una paloma
que vuela más alto.

[Sun Xintang]

Yi Sha [Chengdu, 1966], seudónimo de Wu Wenjian. Estudió Literatura China en Universidad Normal de Beijing. Actualmente es profesor en la Universidad de Estudios Internacionales de Xi'an. Ha publicado poesía, crítica, narrativa y ensayos, traducido al chino a Charles Bukowski, Tomas Tranströmer o Rabindranath Tagore y ha preparado antologías de la poesía china contemporánea.

HU XUDONG

Incensario para dos poetas muertos

Hace dos años encontré este incensario
al oeste del lago Peng en Taiwán,
los dos ya se habían ido,
uno al cielo
convirtiendo nubes blancas
en montañas de nieve,
el otro atrapando
ráfagas de polvo
de la noche profunda.

Los dos estáis lejos,
en ese lugar alto,
con alas de mandarín.
El camino que recorren
se convierte en poema
de un año luz.
Las estrellas os leen.
Tal vez os visitéis y saquéis
el tiempo atesorado en vuestras alas
y dejareis que otro lo guarde.
Los dos, si realmente podéis
reuniros allá arriba,
tal vez podáis comprender
cómo os extrañamos
os echamos de menos



como un recuerdo
insoportable.
El cielo azul se abre para ti,
bebe un poco de vino, sonríe
y florece.
Déjame que encienda incienso
en tu memoria,
un incienso de la Doble Aldea
que arda y queme dos haces de luz.
Aquí, en este alto lugar,
no hay rios ni océanos,
no importa,
vuestros cuerpos surgirán
como velas de sabiduría.
En el incensario está escrito
“los valientes no se marchan”
y eso quise decir
que no te fuiste, que no te fuiste.

[Harold Alvarado Tenorio]

Poema corto

Casi toda la tarde estuve sentado
en la terraza del hospital
mirando el cielo del sur
mientras una inmensa nube,
bella, como un leopardo en la nieve,
desaparecía: sus poderosos
miembros, fuertes y flexibles,
destrozados por el viento,
su cabeza, rota por un avión.
Cuando le separaron la columna
su espalda torcida se derrumbó
como un saco de papilla.
Cuando fue arrojada a un bosque
al extremo de los jardines Qinghua
sentí mi carne como si fuese arena
que formando una duna iba a la deriva
por los desiertos caminos de las enfermedades.

[Harold Alvarado Tenorio]

Medicina tibetana

Un día de abril de un año bisiesto
en una calle de Lhasa padre compró
una medicina tibetana que madre
puso en trozos y envió con un mensajero
al caos de la capital.

Todo el verano, mientras los vecinos
participaban en festivales
y los comerciantes discutían precios,
del tubito de bambú extraía yo fragmentos
de esa oscura yerba, la vertía en agua,
y la rumiaba con dátiles.

Bebí de ese brebaje de un reino sin nombre
fui al trabajo, regresé, hable con las gentes
mientras la yerba ingresaba en mi cuerpo
como una campana en descanso.

Y la noche fue llegando
como una pequeña criatura
vestida de negro que entra en el hígado
cantando lo amargo que es
estar vivo.

[Harold Alvarado Tenorio]

El gato blanco

En el 568 un sogdiano vino de Istämi
como guía de unos mercaderes.
En la orilla de un río vio un gato blanco
tendido bajo la pálida luz de la noche.
Vio en el cuerpo del gato varios mundos
que giraban con flechas y chorros de sangre
y se oían gemidos de una ciudad en ruinas
y todo se perdía en blanco torbellino.
Mil años mas tarde, una noche, volviendo a casa
mi esposa y yo vimos un gato blanco
caminando por el estanque seco
como si fuera un niño de antiguas dinastías
cruzando espirales del tiempo
para volver a su tierra con nobles recuerdos.
Acariciamos el gato, oímos sus maullidos
mientras detrás de un árbol y el viento de la noche
olía nuestro mundo y con sus miradas quiso
decir algo, pero al final se marchó como agua.
Creímos que iría al Pais de la horda blanca
hasta el mil trescientos ochenta
cuando tras la conquista de la Horda de oro
gobernaría a Rusia.

[Harold Alvarado Tenorio]

Hu Xudong [Chongqing, 1974-2021], hizo una maestría en Literaturas Comparadas y un Doctorado en Literatura China contemporánea de la Universidad de Beijín, donde fue profesor del Instituto de Literatura Mundial. Considerado una de las figuras de la poesía china de los años setenta, recibió numerosos premios y fue elegido entre los *Diez Nuevos Poetas*. Traducido a numerosos idiomas, fue invitado a varios eventos internacionales y tuvo especial afecto por la cultura brasileña, sobre la que escribió un libro titulado *La pasión oculta en Brasil*. Fue traductor y escribió sueltos para diarios y revistas.

KOLEKA PUTUMA

Los versos de Koleka Putuma [Ciudad del Cabo, 1993] son incendiarios y causan estupefacción. Miembro de una familia numerosa, creció en un suburbio al norte de esa ciudad. A los catorce escribió un rap como ejercicio escolar que marcó su relación con los escenarios más que con las palabras: “No tengo un gran bagaje literario. Mi escritura tiene una orientación visual”, asegura, agregando que le influye más el teatro que los libros, y que siempre que escribe lo hace con intención de recitar. Al abordar la negritud en sus poemas, su cuerpo adquiere un sentido profundo: “Un día entendí que era una niña negra. En mi familia, las reglas eran mucho más estrictas que en las familias mixtas y blancas. No hacíamos las mismas cosas por restricciones económicas y de raza”.

Si algo parece ha sobrecogido a los sudafricanos es la capacidad de una joven que no vivió el apartheid de describir el sentir de los negros. En especial, el modo en que han mutado las opresiones en un país que califica de democracia capitalista. Putuma trata “los efectos secundarios del colonialismo” alejándose de la retórica de la liberación antiapartheid, hoy explotada por los partidos políticos. Escribe sobre cómo el sistema perpetúa la desigualdad entre razas mientras el consumismo alimenta la ceguera en su comunidad, y lo hace hablando sobre centros comerciales, entierros y Beyoncé: “Existe la idea de que escribir sobre lo frívolo es apolítico, es estar desconectado o desinformado”, dice. “Yo creo que es al revés. Escribir sobre nuestras vidas, incluyendo el McDonald’s y el



pastel de queso, es un acto político en una sociedad que espera que las mujeres negras tengamos representaciones muy estrechas de nosotras mismas”.

A esta actualización de la mirada política sudafricana hay que sumarle un uso del lenguaje inclusivo, en el que conviven las listas, los titulares virales y hasta los memes. Estos últimos inspiraron uno de sus versos más famosos: “Quiero a alguien que vaya a mirarme y quererme /como lxs blancxs miran y quieren/ a Mandela”.

Sus poemas son también un alegato feminista. No solo habla de la violencia sexual contra las mujeres, sino que se atreve a nombrar un tema tabú en la sociedad sudafricana: las violaciones dentro de la familia. “Sé que es difícil hablar de ello. Todo lo que tiene que ver con la familia lo es”, asegura. “Pero cada semana recibo mensajes de lectoras muy jóvenes que me dicen que les encantan mis poemas”. En un momento en el que los mensajes feministas son procesados para su posterior venta al por mayor, Putuma escarba en las heridas más purulentas de su entorno y escribe un verso que ha estremecido más allá de las fronteras): “No quiero morir/ con las manos en alto/ ni abierta de piernas”.

AM

Insomnio

Anoche
guardaste cadáveres en tu garganta,
demasiado asustada para abrir la boca
y derramar a los muertos.
Cómo los echas de menos.
Qué injusto es.
Cómo ninguna de nosotras lo comprende.
Vas pasando fotos de gente que estaba aquí y ya no está.
Vaya broma. Vaya broma más pesada. Pensaste.
La música está demasiado alta dónde estás.
Al menos la gente parece feliz.
Te preguntas cuántos de ellos guardan cadáveres en la garganta,
tratando de ahogar las penas con veneno y bailes.
Estás ahí y no estás.
Vuelves a leer los artículos.
Vuelves a pasar las fotos.
Estás en un punto a medias entre torturarte
y tratar de encontrarle el sentido a cosas que no puedes cambiar.
Te sientes enferma y desestabilizada.
Los cadáveres pesan demasiado.
Esto es lo que supone vivir en una morgue
con un felpudo que dice
“alegría”.

[Arrate Hidalgo/Lawrence Schimel]

No es curioso

¿No es curioso?
Que cuando preguntan sobre nuestra infancia,
solo interesa nuestro dolor,
como si la felicidad fuera un accidente.
Escribo poemas de amor también,
pero solo quieres ver mi boca desgarrada en protesta
como si mi boca fuera una herida
con gangrena y pus
en lugar de alegría.

[Arrate Hidalgo/Lawrence Schimel]

Cena de navidad con esqueletos

Tu perpetrador tiene los ojos de tu tío
y aliento a brandy barato.

¿Cuántos abortos se te han caído de la boca
mientras contabas los hombres de tu vida?

La locura se sienta a comer a la mesa también
y la bendice con un ojo abierto.

[Arrate Hidalgo/Lawrence Schimel]

Tierra adentro

Es bizarro llevar luto,
desmoronarse,
cosas que gotean, gente
que jamás volverá a ti.
Y, aun así,
nos enseñan
que el luto es carecer de miedo.
Cuantos de nosotrxs
hemos visto llorar a nuestras madres
ese tipo de llanto
que te deja
empapada en las costuras,
ahogada en agua salada,
rogando auxilio con los brazos.
El tipo
con el que regateas
para que te deje marchar
con vida.

[Arrate Hidalgo/Lawrence Schimel]

Crecer negra

Crecer negra te enseña
a acumular esqueletos,
a embalar tus gritos con grapas,
para que todo el mundo pueda
pasar la página cómodamente.
la paginación se mantiene
a costa de tu cordura.
Si nuestros cajones de la ropa interior
pudieran hablar,
sangrarían (así te lo digo).
las almohadas se desangrarían
en nuestros nombres.
Lo lamentable de sanar es esto:
te convence de que el dolor
es mejor que una costra.
Con las costras, la gente hace preguntas.

[Arrate Hidalgo/Lawrence Schimel]

¿EL FIN DE LA POESÍA?

Alfonso Bernardinelli

Parecería que no, pero hace falta decirlo: la poesía moderna no solo llegó hace tiempo a su fin, sino que también lo ha hecho esa poesía posmoderna consciente de «venir después». Todo cambió desde el momento en que perdieron protagonismo los poetas intelectuales o simplemente inteligentes, aquellos para quienes no había diferencia entre inspiración y visión crítica del yo y del mundo.

Por lo demás, también la tradición clásica contemplaba el poeta doctus y el poeta-crítico: desde Horacio hasta Dante, y desde este a Coleridge y Leopardi. Ha sido solo en las últimas décadas, y sobre todo desde los años setenta en adelante, después de Passolini y Zanzotto, cuando las cosas han cambiado. Existe la sensación de que, si en la actualidad hay tantos poetas, se debe sobre todo al hecho de que creen que la poesía es un género literario sin reglas que no requiere que nadie tenga algo que decir. No obstante, tanta libertad mal entendida ha «liberado» la poesía de un público de lectores y del juicio crítico, transformando en una tierra de nadie de libre acceso un género que antes era considerado arduo hasta el ascetismo.

Lo que sucede es que el elemental sentido común, del que hasta la cultura más refinada y compleja tiene necesidad para sobrevivir, ha sido difamado desde hace un siglo por obsesiones extremistas. Las «palabras en libertad» de Marinetti daban a entender que el primer gesto de toda vanguardia era una provocación antiacadémica con fines publicitarios. Tristan Tzara repitió el gesto poco después, con más sentido del humor. Más tarde Francia, centro de todas las transgresiones por exceso de clarté clasicista, pasó de la

escritura automática de Breton a la escritura textual de Tel Quel. Se trataba de volver a inventar una y otra vez las diez formas de «escribir el silencio», para hacer literatura rechazándola.

Pero esta historia tan eurocéntrica es cosa del pasado. Más tarde, desde Estados Unidos llegó a la poesía el estilo del creative writing, que permitía producir diligentemente un poema al día echando un vistazo a las paredes de tu habitación, a la cafetera, a los movimientos de tus vecinos: nada de rimas, mejor evitar la puntuación, que el verso se indique únicamente por el punto y aparte, usar mucho los espacios en blanco, que siempre resultan sugerentes. Sí, también se puede hacer esto con buenos resultados (lo hizo William Carlos Williams), pero se necesita oído, ojo, gusto y una intuición infalible para evitar la banalidad y la monotonía.

A partir de los años ochenta, con el repentino ocaso del estructuralismo, la obsesión teórica y técnica en los debates sobre la poesía fue sustituida por la obsesión ontológica y mística. Tras «la función poética del lenguaje» de Jakobson, llegó el lenguaje como «casa del Ser» de Heidegger, acompañado por la idea de que de un caso trágico y límite como el de Paul Celan, poeta extraordinariamente oscuro, se podía hacer un nuevo modelo canónico replicable en la práctica poética.

Pero ni la idea del Ser ni la de la Técnica ayudan a valorar la situación de la poesía ni el talento de quien la escribe. Si se olvida la ingobernable singularidad de autores y textos, si no se es capaz de percibirlos y describirlos, uno se anega en categorías que parecen universales y profundas pero que son únicamente genéricas. Por desgracia, muchas antologías en circulación promocionan como escritores a una mayoría de escribientes, algo que impide que la poesía tenga un público de lectores exigente y competente. La gastronomía y el fútbol tienen este tipo de público, al igual que el ajedrez, el esquí o la vela. La poesía no. Su creatividad y valor no los expe-

rimenta quien la lee, sino que se dan por supuestos.

Hoy en día ni siquiera los críticos y los académicos saben decir si un texto poético es excelente, bueno, mediocre o banal. Lo primero que se le debe pedir a un crítico, dijo en una ocasión Marina Tsvetáyeva, es que no escriba mala poesía. A lo que podría añadirse que lo primero que se le debería pedir a un poeta es que sea lo suficientemente crítico como para entender si lo que ha escrito y lo que escriben los demás es poesía o no es nada: si se puede leer o si ni siquiera espera, en realidad, ser leída.

Desde hace varias décadas, en la poesía está vigente una lógica de acogida que no hace pensar en la lógica esotérico-caballeresca de fábulas posmodernas y neoantiguas como *La Guerra de las Galaxias*. Hoy el acceso a la poesía se ha liberalizado y democratizado. No hay maestros más que nada porque no se los tolera: y, en cualquier caso, no hablan, no ejercen autoridad alguna, no les dejamos hablar ni que nos juzguen cuando escribimos poesía. Al contrario que los filólogos, los músicos o los entrenadores deportivos, los poetas ancianos son buenos y hospitalarios: no se crean enemigos entre los jóvenes, que evitan y desdeñan la comparación con los poetas de dos o tres generaciones atrás, como si se tratase de un chantaje, como si se tuviese que comenzar continuamente de cero.

Por esta razón creo que, sobre todo en la actualidad (aunque la historia, como se ha visto, nos ha proporcionado más ejemplos), la poesía debe defenderse no de un hipotético Imperio del Mal (como en George Lucas), sino de sí misma. Es decir, de todo aquello que la ha homologado al mundo cultural.

Hoy en día la energía, variedad y eficacia comunicativa de nuestros poetas se ha debilitado tanto que podría sugerirse, a todo aquel que desee ser poeta, este entrenamiento especial: no considerar bueno ni aceptable ningún texto poético que no resista la comparación con un buen artículo de prensa o con una canción. A un verdadero

poeta un desafío semejante no le debería desagradar. Tiendo a pensar que, al contrario, quien se asusta ante ese riesgo no es poeta: desde luego no es un Caballero Jedi, intrépido y severo consigo mismo. Solo aquel que se niegue a sentirse protegido y avalado de manera nominal por la tradición de la poesía en tanto que género noble, puede pasar por la estrecha puerta que pone en verdadero contacto con esa tradición.

Es cierto que los poetas, quizá especialmente los poetas modernos, desde Novalis, Leopardi y Baudelaire en adelante, se parecían a los Caballeros Jedi. Parecían una casta dispersa y perseguida, en el exilio, sin más poder que el del intelecto y el de la palabra. Sin embargo, en la actualidad el crítico dotado de inspiración y que acepta la lucha tal vez se parezca más a un Jedi que lo que puedan parecerse la mayor parte de los poetas, tan cautos y en busca de protección.

En poesía la tradición Jedi parece extinguida. O se habrá refugiado en algún rincón remoto de la galaxia. La poesía que enarbola una defensa es una poesía que se alimenta de ideas, que fue escrita por audaces filósofos prácticos de la lengua que pensaron y escribieron fuera del código y de la jerga empleada por los filósofos académicos y profesionales.

Hoy en día una defensa general de la poesía suena como una defensa apriorística y corporativa de los poetas existentes, independientemente de cómo sean, y como si de verdad fueran, por auto-proclamación, nietos de Hölderlin y de Emily Dickinson.

Yo no creo en la poesía. Creo únicamente en la poesía que me hace creer en ella. Si convence al lector, la poesía no tiene necesidad de ser defendida. Y si no lo convence, ¿cómo y por qué defenderla?

Resulta igual de complicado, por tanto, averiguar por qué se obtiene tan poco de los textos antologados: no bastan para hacerse una idea de los autores, mientras que los libros en su conjunto son redundantes y desproporcionados, porque después de las primeras

páginas ya se sabe todo. ¿Es un problema de consistencia? El texto aislado no se sostiene, pareciera remitir a otro. Pero no se sostiene ni siquiera el libro, que se aferra, para existir, a no más de tres o cuatro poemas logrados. Leer a poetas italianos contemporáneos resulta casi siempre exasperante. No se entiende por qué esa palabra está ahí, por qué a esa frase le sigue esta otra, por qué se ponen puntos y aparte (si bien esto es un viejo problema de la Modernidad), por qué el texto termina en ese punto y no antes o después. Resulta verdaderamente extraño que, con tantas escuelas de escritura creativa, nadie haya conseguido, en los últimos diez años, enseñar un mínimo de técnica útil.

Horacio lamentaba que los poetas fuesen innumerables. Quevedo escribía que «Dios había enviado una epidemia de poetas a España para castigarnos por nuestros pecados; dos siglos más tarde Pietro Giordani se lamentaba con Leopardi de que cualquiera que supiera leer y escribir se considerara capaz de coger pluma y papel, y derramar versos con profusión; Ósip Mandelshtam constataba abatido la existencia de un miserable ejército de poetas que había invadido la Moscú revolucionaria».

«La poesía está viva, ¡que viva la poesía!». De tal guisa sonaba el pasado domingo, en el suplemento literario del Corriere della Sera, el jovial grito dominical con el que había sido titulado un extenso artículo de Paolo di Stefano. El tranquilizador mensaje (golosinas lanzadas al pueblo de los poetas) se especificaba en el subtítulo: el número y la calidad de los poetas contradicen a los catastrofistas, hay «editores heroicos, los espacios están a salvo, los versos encuentran lectores, pero se ha perdido el diálogo entre las generaciones de escritores».

Es decir, primero una mentira afable y acto seguido una sencilla verdad: entre los abundantes y diligentes poetas de hoy y los escasos poetas de ayer «se ha perdido el diálogo», o lo que es lo mismo,

que la continuidad se ha interrumpido y que lo que hoy llamamos poesía, en la mayor parte de los casos, tiene poco que ver con lo que ayer se entendía por poesía. ¿Ha habido acaso una radical revolución formal? ¿Como aquella que, un siglo atrás alejara la poesía del siglo XX de la del siglo precedente? No, no ha habido revolución formal, sino más bien una revolución social: el pueblo ha tomado el poder poético. ¡Hurra! Todos somos libres de crear, de expresarnos y de publicar. Además del derecho a tener derecho a ser considerados poetas si lo deseamos con mucha fuerza, si estamos firmemente convencidos de serlo. Sentirse poeta y conseguir que te publiquen equivale al derecho a ser considerado poeta, «independientemente» de lo que hayamos escrito. Todo aquel que tenga algo que objetar a lo sustancial (la calidad, el valor o el interés de los poemas) es un catastrofista.

En política el populismo tiene sus contraindicaciones, porque da coba a los deseos y los sueños de la mayoría. No obstante, tiene razón de ser en todo sistema democrático en que el poder, en teoría, pertenezca al pueblo. El populismo poético, en cambio, es meramente ridículo. Merecería una sátira surrealista (¡Ay, si los surrealistas aún existiesen!), o una escena de teatro del absurdo, en la que un único e inocente lector se viera perseguido por veinte poetas reivindicando el derecho a que los lea... En la poesía, como en todos los rincones de la sociedad, hoy en día está vigente una paradoja: la pretensión de pertenecer a un club exclusivo que, sin embargo, abre sus puertas a todo el mundo.

Nicola Crocetti, editor de la revista Poesía, se pregunta cómo distinguir los «valores auténticos» en los «centenares de libros que se publican». Un señor problema. Es más, el único problema. Pero todo el mundo puede comprobar cómo prácticamente no hay un solo crítico que sea capaz de ponerse de acuerdo con otro, aunque solo sea para dar los nombres de los diez poetas más fiables. Si unos

dan cincuenta y cuatro nombres, otros sesenta y cuatro, y otros ciento diez, reina la confusión, pero también hace que se tambalee la demagogia poético-populista, porque el pueblo de los poetas excluidos de elencos tan generosos es al menos igual de amplio que el de los incluidos.

En cuanto a la legibilidad de los poetas, no habría que pasarse de listo. Se puede ser gramaticalmente muy claro y, sin embargo, ser ilegible, en el sentido de que, después de leerlo, la lectura haya resultado inútil. En la actualidad el número de poetas claros ha aumentado. Se leen sus poemas y no es que no se entiendan: lo que no se entiende es por qué se dice de esa manera lo que se dice, puesto que nada más leerlos, a uno le entran ganas de decirlo de otra manera, o incluso de no decirlo. La ilegibilidad es esto.



A UN LEÓN QUE HUYE

Ahí estabas,
como salido de un filme de Kazan
recostado en el muro de una barbería
con la boca hinchada por un bocadillo
de la peor bisteca.

Venías de otro horror
donde a uno tu padre liquidaba
luego de prometerle,
en macumba de gloria,
el retorno que el otro quería.

La chica que salió contigo del infierno
hizo té su esclavo sexual con tres polvos,
pero también con horas de incesante servicio
en un motel de pueblo con los únicos
perros que de verdad quisiste.

Y caminó hacia el sur, hasta la Patagonia
donde encontró fortuna entre las piernas de otro.

Que el destino existe, ya lo vas comprobando.
Quien te quiso te escribe para adorarte siempre
así ya solo seas la voz en un desierto
o un cuerpo que, temblando,
cruza el río del mundo donde serás feliz.

Injusta y cruel es la vida.
Pero queda el león
que protege tus pasos.

TO A FLEEING LION

There you were,
as if you'd stepped out of a Kazan film,
leaning against a barbershop's wall
your mouth swollen as you ate a sandwich
of the worst meat.

You came from another horror
where your father liquidated one
after promising,
in a macumba of glory,
the return that the other one sought.

The gal who walked out of hell with you
made you her sex slave by fucking you three times,
and servicing you nonstop for hours
in a small-town motel with the only dogs
you've really loved

And she headed south reaching Patagonia
where she found bliss between the legs of someone else.

Fate exists and you're already proving it.
Whoever has loved you will always write to adore you
whether you are an echo in a desert
or a trembling body wading
the river of the world where you'll be happy.

Unfair and cruel, such is life.
But the lion remains,
ready to protect your steps.

Harold Alvarado Tenorio
Translated from Spanish by *Carlos Fernando Torres*